

Balance crítico del siglo XX histórico. ¿Breve, largo o muy largo siglo XX?

Carlos Antonio Aguirre Rojas*

“...ninguna ley de la historia impone que los años cuya milésima sea la cifra 1 coincidan con los puntos críticos de la evolución humana”.

Marc Bloch, *Apología para la historia o el Oficio de historiador*, 1941-1943

De siglos cronológicos y de siglos históricos

Hace ya una buena cantidad de décadas, que los historiadores de la corriente francesa de la mal llamada “Escuela de los *Annales*”, nos enseñaron que, desde una perspectiva rigurosamente *histórica*, los siglos *cronológicos*, de perfectos cien años, carecen totalmente de relevancia y de interés para los historiadores. Y ello, no solamente porque nada realmente importante aconteció ni en 1300, ni en 1400, ni en 1500 ó 1600,

etc. —algo importante que permitiera justificar, entonces, la utilización de estos años como “cortes significativos” de una eventual periodización fundada de los procesos históricos—, sino y sobre todo, porque la noción de temporalidad en que se apoya la determinación de estos siglos puramente cronológicos es una noción demasiado limitada, frente a las exigencias y a la complejidad que el verdadero análisis histórico reclama.

Criticando entonces la noción del tiempo propia de los historiadores positivistas y oficiales, y que es la noción del tiempo físico newtoniano, concebido como un tiempo lineal, constante y siempre idéntico en cuanto a sus distintas partes constitutivas, los historiadores de la corriente de los *Annales* van a proponer, en cambio, la idea de un tiempo social-histórico compuesto por múltiples duraciones, tiempo que es complejo, diverso y variable —en cuanto a sus ritmos, densidades, medidas, cortes, duraciones y articulaciones diversas—, siendo además un tiempo que, en rigor, se encuentra cortado a la

medida de los mismos hechos, fenómenos y procesos sociales que, tanto los científicos sociales como los seguidores de Clío, estudian y analizan cotidianamente¹.

Por eso, desde hace varios lustros, los historiadores críticos se han acostumbrado a dejar de lado a esos simples y vacíos siglos cronológicos de perfectos y precisos cien años, para hablarnos en cambio de diferentes siglos *históricos*, de duraciones cronológicas muy diversas, que los han llevado a postular la existencia de, por ejemplo, un “largo siglo XVI” de aproximadamente 200 años y que abarcaría entre 1450 y 1650, o también de un siglo XVII que sólo culmina hacia 1730, lo mismo que de un estudio sobre “los siglos XVI y XVII” definidos en este caso entre 1492 y 1715, o de un ensayo sobre el siglo XVIII concebido como el período que cubre aproximadamente entre 1715 y 1815. Subdividiendo además “el largo siglo XVI” en un “primer siglo XVI” y en un “segundo siglo XVI”, o proponiendo que *todos* los siglos históricos son siglos *largos*, que por lo tanto y forzosamente se encabalgan o superponen todo el tiempo los unos sobre los otros, los historiadores o científicos sociales realmente críticos han terminado por establecer, muy claramente, que la específica duración de cada siglo histórico depende, esencialmente, de los principales procesos y fenómenos históricos que lo caracterizan y que dentro de él se despliegan, los que con su propia curva o itinerario de vida global, determinan justamente esos cortes iniciales y terminales de cada siglo histórico estudiado².

1. Sobre esta muy distinta noción del tiempo, concebida como tiempo histórico-social, dentro de la tradición de la corriente de los *Annales*, cfr. Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1996 y Fernand Braudel, *Escritos sobre Historia*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1991. Véase también nuestros trabajos, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *La Escuela de los Annales. Ayer, hoy, mañana*, Ed. Montesinos, Barcelona, 1999, *Fernand Braudel y las ciencias humanas*, Ed. Montesinos, Barcelona, 1996 y *Ensayos Braudelianos*, Ed. Manuel Suárez Editor, Rosario, 2000.

2. Sobre los ejemplos recién mencionados cfr. Fernand Braudel, que habla de un “largo siglo XVI”, por ejemplo en su ensayo

De este modo, y siguiendo esta lección importante de la historiografía francesa del último medio siglo, es como los distintos científicos sociales han tratado de caracterizar cuál puede ser la *temporalidad específica* que corresponde al siglo XX *histórico*, temporalidad que entonces debería establecerse en función de cuáles han sido los *procesos y los fenómenos fundamentales* que han tenido vida dentro de esta misma centuria histórica considerada. Lo que entonces ha llevado a algunos a hablar de un “corto siglo XX” o de un “breve siglo XX”, pero también a otros a postular un “largo siglo XX”, poniendo a veces el énfasis en el nacimiento, desarrollo y crisis del socialismo como proyecto histórico, o también en la irrupción del fascismo y el nazismo con todas sus profundas secuelas históricas, pero igualmente y en otras explicaciones, a subrayar como trazos dominantes de este siglo XX histórico, los procesos de la emergencia, desarrollo y crisis de la hegemonía norteamericana sobre el conjunto del sistema capitalista mundial³.

“European expansion and capitalism. 1450-1650” en el libro *Chapters in Western Civilization*, Ed. Columbia University, Nueva York, 1961, o Pierre Goubert, que define la temporalidad del siglo XVII desde 1598-1602 hasta 1730, en su libro *Cent mille provinciaux au XVIIe siècle*, Ed. Flammarion, París, 1968. También el libro de Roland Mousnier *Los siglos XVI y XVII*, Ed. Destino, Barcelona, 1981 o el de Roland Mousnier y Ernest Labrousse, *El siglo XVIII. Revolución intelectual, técnica y política (1715-1815)*, Ed. Destino, Barcelona, 1981. De un “primer” y un “segundo” siglo XVI ha hablado Immanuel Wallerstein en su libro *El moderno sistema mundial*, tomo I, Siglo XXI Editores, México, 1979. También es Immanuel Wallerstein quien defiende la idea de los siempre “largos siglos históricos” que se superponen constantemente, en su libro *Crítica del sistema-mundo capitalista. Entrevista con Immanuel Wallerstein*, Ed. Era, México, de inminente aparición en este mismo año de 2003.

3. Sobre estas distintas caracterizaciones del siglo veinte histórico, cfr. Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Ed. Crítica, Barcelona, 1996, Jürgen Habermas, “Nuestro breve siglo” en la revista *Nexos* de agosto de 1998, Giovanni Arrighi, *El largo siglo XX*, Ed. Akal, Madrid, 1999, Immanuel Wallerstein, “Siglo pasado, milenio pasado” en el diario *La Jornada*, 10 de marzo de 2000, y “El siglo XX: ¿oscuridad al mediodía?” en revista *ESECONOMÍA*, Nº 2, 2003, Bolívar Echeverría, “El sentido del siglo XX” en *ESECONOMÍA*, Nº 2, 2003, y Carlos Antonio Aguirre Rojas, “1989 en perspectiva histórica” en el suplemento *La Jornada Semanal*, Nº 199, 4 de abril de 1993. De manera complementaria a estos textos véase también Edward Said, “La experiencia histórica” en *Viento del Sur*, Nº 8, 1996, el libro colectivo *Le court vingtième siècle. 1914-1991*, Ed. De l'Aube, La Tour d'Aigües, 1991, Eric

* Instituto de Investigaciones Sociales. Universidad Nacional Autónoma de México.

Abogando entonces por un “breve siglo XX”, que en la mayoría de los casos es concebido como un siglo corto que comienza hacia 1914 ó 1917 para cerrarse hacia 1989 ó 1991, o en el otro caso por un “largo siglo XX”, que correría aproximadamente entre 1870 y quizá 2025 ó 2050, el primer punto de discrepancia en torno a este balance *crítico* de lo que ha sido el siglo XX *histórico*, se establece respecto de cuál es el proceso fundamental que se ha desarrollado dentro del siglo XX cronológico, proceso que entonces sería el que, con su propia temporalidad, determinaría también la posible duración de dicho siglo XX histórico referido. Debate entonces inicial en torno a cuál puede ser considerado el proceso más relevante de todo este siglo XX histórico, sobre el cual vale la pena detenerse con más detalle ahora.

Las líneas de fuerza del siglo XX histórico

“No creemos tampoco que pueda verse a la Segunda Guerra Mundial, en sus orígenes, únicamente como un conflicto de ideologías... (más bien) es todo un mundo social, el del capitalismo decadente, según Sombart, el que entonces vacila en sus propios fundamentos, el que se tambalea”.

Fernand Braudel, “La faillite de la paix 1918-1939”, Conferencia en la Universidad de Sao Paulo, 1947

¿Cuál es entonces el trazo dominante y esencial del siglo XX, el proceso central que en él ha tenido lugar, y que en consecuencia resignifica y sobredetermina a todos los restantes procesos y fenómenos de esta misma centuria? ¿Cuál es la clave maestra que nos da el acceso inicial e imprescindible para la comprensión global de ese

Hobsbawm, *Entrevista sobre el siglo XXI*, Ed. Crítica, Barcelona, 2000, y de Fernand Braudel “La faillite de la paix 1918-1939” en *Les écrits de Fernand Braudel. L'histoire au quotidien*, Ed. De Fallois, París, 2001 y *Las civilizaciones actuales*, Ed. Tecnos, Madrid, 1978.

momento histórico fundamental que ha sido ese mismo siglo XX considerado en términos rigurosamente históricos?

Frente a esta pregunta inicial se han delineado claramente dos respuestas diferentes, las que más allá de los matices de cada autor, definen de entrada dos visiones muy distintas de lo que ha sido el siglo XX, y por ende dos evaluaciones también muy diversas de varios de los procesos principales acontecidos en esta centuria histórica en discusión. Por un lado, estaría la tesis de que el proceso *esencial* del siglo XX histórico sería el de la construcción y afirmación del proyecto socialista mundial, iniciado en 1914-1917 con el triunfo de la revolución rusa durante la primera guerra mundial, y concluido en 1989-1991, con la caída del Muro de Berlín y el concomitante fin de la Unión Soviética. Así, este proyecto de crear en escala planetaria un mundo socialista sería la empresa histórica más importante de todo el siglo XX, lo que nos llevaría a hablar de un “corto” o “breve siglo XX” cuya periodización general coincidiría con ese itinerario mismo de dicho proyecto de edificación del socialismo⁴.

En esta línea de razonamiento, la hegemonía norteamericana no sería entonces más que el capítulo más reciente de una serie más larga y repetida de diversas hegemonías capitalistas, las que renovándose y sucediéndose a lo largo de los últimos 500 años, sólo tendrían en esa hegemonía

4. Quizá la posición más representativa de esta teoría que defiende la existencia de un breve siglo XX sea la de Eric Hobsbawm, en su libro *Historia del siglo XX*, antes citado. Aunque también coincide en ella, por ejemplo, Jürgen Habermas, en su ensayo igualmente citado “Nuestro breve siglo”. Desde 1993, antes de la publicación del libro de Eric Hobsbawm y del ensayo de Jürgen Habermas nosotros habíamos defendido esta misma tesis de un “breve siglo XX” en nuestro ensayo antes citado, Carlos Antonio Aguirre Rojas, “1989 en perspectiva histórica”. Aunque consideramos que las principales tesis desarrolladas en ese ensayo siguen siendo esencialmente correctas, pensamos en cambio que reencuadrar a ese posible “breve” siglo XX histórico dentro de un “muy largo siglo XX”, en la perspectiva que desarrollaremos más adelante, permite explicar con más elementos esos mismos procesos que entonces habíamos caracterizado en ese sentido.

de Estados Unidos, a su último avatar o encarnación hasta ahora conocida. Un avatar cuya diferencia con sus homólogos anteriores, sería tal vez el de ser ahora una hegemonía del “capitalismo imperialista” o del “imperialismo”, pero no un proceso *nuevo*, ni tampoco más importante y ni siquiera de lejos equiparable a la significación del intento representado por el proyecto socialista. Además, esta hegemonía norteamericana no habría sido ni tan fuerte ni tan decisiva, pues su dominio se habría visto cuestionado y seriamente socavado durante varias décadas, por la existencia de un vasto “mundo socialista” que llegó a cubrir un *tercio* de todos los países del globo.

Igualmente, y desde esta perspectiva que privilegia al socialismo como la línea de fuerza principal de ese breve siglo XX, el fascismo, el nazismo, e incluso las dos guerras mundiales sólo serían la expresión renovada de la violencia capitalista o imperialista correspondiente a esta época, violencia que lo mismo se habría ejercido entre las propias potencias capitalistas para definir el nuevo reparto del mundo, que en contra del pueblo judío, en la irracional cruzada de su persecución y exterminio por parte de los nazis, pero también en contra, primero de la Unión Soviética, y luego de todo el mundo socialista, en el intento de ahogar sus logros principales e incluso de eliminarlos completamente como alternativa histórica posible frente a ese mismo imperialismo y capitalismo reinantes.

En el otro extremo, estaría la posición que caracterizaría al siglo XX como el siglo de la “hegemonía norteamericana” y en consecuencia postularía la existencia de un “largo siglo XX”, cuya curva de vida sería idéntica al itinerario más general de la construcción, el auge y la decadencia de esa misma dominación histórica de los Estados Unidos. Por lo tanto, ese largo siglo XX arrancaría hacia 1870, cuando se apaga claramente el período de auge de la hegemonía capitalista inglesa y cuando comienza a esbozarse la nítida

disputa entre Alemania y Estados Unidos, por la conquista del puesto de relevo de esa misma hegemonía capitalista planetaria. Largo siglo XX que no habría concluido aún su existencia, la que se prolongaría, hipotéticamente y acompasándose tal vez con los conocidos ciclos económicos de Kondratiev, sea hasta el año 2025, sea tal vez hasta la fecha más lejana de más o menos 2050⁵.

Posición que afirma la *centralidad* de esta curva de la hegemonía estadounidense, que entonces va a considerar al socialismo desplegado durante el siglo XX como un hecho *no existente*, es decir como un conjunto de sociedades que, más allá de su retórica socialista y del supuesto combate ideológico al capitalismo, continuaron *en esencia* y a lo largo de todo el siglo XX siendo sociedades *capitalistas*, caracterizadas por la clara existencia de una división de clases y una lucha de clases, y en las que más allá de ciertos cambios jurídicos y políticos formales, sobrevivieron la explotación económica, la opresión política y la desigualdad social crecientes.

Y en consonancia con esto, estos defensores de la tesis de un largo siglo XX, insistirán en que la magnitud desmesurada del horror que han representado las dos guerras mundiales, pero también y sobre todo el fenómeno del holocausto judío, se explicarían sobre todo por la magnitud igualmente enorme que alcanzó, durante este siglo XX, la curva del crecimiento demográfico, y con ella todos los fenómenos sociales posibles, ahora convertidos en fenómenos literalmente masivos, y ello sobre un telón de fondo de una sociedad que, siendo capitalista, es entonces

5. Quizá el autor más representativo de esta posición sea Immanuel Wallerstein. De este último autor, cfr. su artículo “El siglo XX ¿oscuridad al medio día?” antes citado y su libro *Crítica del sistema-mundo capitalista. Entrevista a Immanuel Wallerstein*, igualmente mencionado. Véanse también sus artículos “La imagen global y las posibilidades alternativas de la evolución del sistema-mundo, 1945-2025”, en la *Revista Mexicana de Sociología*, N° 2, México, 1999 y “Paz, estabilidad y legitimación, 1990-2025/2050” incluido en el libro *Después del Liberalismo, Siglo XXI* Editores, México, 1996.

Abogando entonces por un “breve siglo XX”, que en la mayoría de los casos es concebido como un siglo corto que comienza hacia 1914 ó 1917 para cerrarse hacia 1989 ó 1991, o en el otro caso por un “largo siglo XX”, que correría aproximadamente entre 1870 y quizá 2025 ó 2050, el primer punto de discrepancia en torno a este balance *crítico* de lo que ha sido el siglo XX *histórico*, se establece respecto de cuál es el proceso fundamental que se ha desarrollado dentro del siglo XX cronológico, proceso que entonces sería el que, con su propia temporalidad, determinaría también la posible duración de dicho siglo XX histórico referido. Debate entonces inicial en torno a cuál puede ser considerado el proceso más relevante de todo este siglo XX histórico, sobre el cual vale la pena detenerse con más detalle ahora.

Las líneas de fuerza del siglo XX histórico

“No creemos tampoco que pueda verse a la Segunda Guerra Mundial, en sus orígenes, únicamente como un conflicto de ideologías... (más bien) es todo un mundo social, el del capitalismo decadente, según Sombart, el que entonces vacila en sus propios fundamentos, el que se tambalea”.

Fernand Braudel, “La faillite de la paix 1918-1939”, Conferencia en la Universidad de Sao Paulo, 1947

¿Cuál es entonces el trazo dominante y esencial del siglo XX, el proceso central que en él ha tenido lugar, y que en consecuencia resignifica y sobredetermina a todos los restantes procesos y fenómenos de esta misma centuria? ¿Cuál es la clave maestra que nos da el acceso inicial e imprescindible para la comprensión global de ese

momento histórico fundamental que ha sido ese mismo siglo XX considerado en términos rigurosamente históricos?

Frente a esta pregunta inicial se han delineado claramente dos respuestas diferentes, las que más allá de los matices de cada autor, definen de entrada dos visiones muy distintas de lo que ha sido el siglo XX, y por ende dos evaluaciones también muy diversas de varios de los procesos principales acontecidos en esta centuria histórica en discusión. Por un lado, estaría la tesis de que el proceso *esencial* del siglo XX histórico sería el de la construcción y afirmación del proyecto socialista mundial, iniciado en 1914-1917 con el triunfo de la revolución rusa durante la primera guerra mundial, y concluido en 1989-1991, con la caída del Muro de Berlín y el concomitante fin de la Unión Soviética. Así, este proyecto de crear en escala planetaria un mundo socialista sería la empresa histórica más importante de todo el siglo XX, lo que nos llevaría a hablar de un “corto” o “breve siglo XX” cuya periodización general coincidiría con ese itinerario mismo de dicho proyecto de edificación del socialismo⁴.

En esta línea de razonamiento, la hegemonía norteamericana no sería entonces más que el capítulo más reciente de una serie más larga y repetida de diversas hegemonías capitalistas, las que renovándose y sucediéndose a lo largo de los últimos 500 años, sólo tendrían en esa hegemonía

4. Quizá la posición más representativa de esta teoría que defiende la existencia de un breve siglo XX sea la de Eric Hobsbawm, en su libro *Historia del siglo XX*, antes citado. Aunque también coincide en ella, por ejemplo, Jürgen Habermas, en su ensayo igualmente citado “Nuestro breve siglo”. Desde 1993, antes de la publicación del libro de Eric Hobsbawm y del ensayo de Jürgen Habermas nosotros habíamos defendido esta misma tesis de un “breve siglo XX” en nuestro ensayo antes citado, Carlos Antonio Aguirre Rojas, “1989 en perspectiva histórica”. Aunque consideramos que las principales tesis desarrolladas en ese ensayo siguen siendo esencialmente correctas, pensamos en cambio que reencuadrar a ese posible “breve” siglo XX histórico dentro de un “muy largo siglo XX”, en la perspectiva que desarrollaremos más adelante, permite explicar con más elementos esos mismos procesos que entonces habíamos caracterizado en ese sentido.

Hobsbawm, *Entrevista sobre el siglo XXI*, Ed. Crítica, Barcelona, 2000, y de Fernand Braudel “La faillite de la paix 1918-1939” en *Les écrits de Fernand Braudel. L'histoire au quotidien*, Ed. De Fallois, París, 2001 y *Las civilizaciones actuales*, Ed. Tecnos, Madrid, 1978.

de Estados Unidos, a su último avatar o encarnación hasta ahora conocida. Un avatar cuya diferencia con sus homólogos anteriores, sería tal vez el de ser ahora una hegemonía del “capitalismo imperialista” o del “imperialismo”, pero no un proceso *nuevo*, ni tampoco más importante y ni siquiera de lejos equiparable a la significación del intento representado por el proyecto socialista. Además, esta hegemonía norteamericana no habría sido ni tan fuerte ni tan decisiva, pues su dominio se habría visto cuestionado y seriamente socavado durante varias décadas, por la existencia de un vasto “mundo socialista” que llegó a cubrir un *tercio* de todos los países del globo.

Igualmente, y desde esta perspectiva que privilegia al socialismo como la línea de fuerza principal de ese breve siglo XX, el fascismo, el nazismo, e incluso las dos guerras mundiales sólo serían la expresión renovada de la violencia capitalista o imperialista correspondiente a esta época, violencia que lo mismo se habría ejercido entre las propias potencias capitalistas para definir el nuevo reparto del mundo, que en contra del pueblo judío, en la irracional cruzada de su persecución y exterminio por parte de los nazis, pero también en contra, primero de la Unión Soviética, y luego de todo el mundo socialista, en el intento de ahogar sus logros principales e incluso de eliminarlos completamente como alternativa histórica posible frente a ese mismo imperialismo y capitalismo reinantes.

En el otro extremo, estaría la posición que caracterizaría al siglo XX como el siglo de la “hegemonía norteamericana” y en consecuencia postularía la existencia de un “largo siglo XX”, cuya curva de vida sería idéntica al itinerario más general de la construcción, el auge y la decadencia de esa misma dominación histórica de los Estados Unidos. Por lo tanto, ese largo siglo XX arrancaría hacia 1870, cuando se apaga claramente el período de auge de la hegemonía capitalista inglesa y cuando comienza a esbozarse la nítida

disputa entre Alemania y Estados Unidos, por la conquista del puesto de relevo de esa misma hegemonía capitalista planetaria. Largo siglo XX que no habría concluido aún su existencia, la que se prolongaría, hipotéticamente y acompasándose tal vez con los conocidos ciclos económicos de Kondratiev, sea hasta el año 2025, sea tal vez hasta la fecha más lejana de más o menos 2050⁵.

Posición que afirma la *centralidad* de esta curva de la hegemonía estadounidense, que entonces va a considerar al socialismo desplegado durante el siglo XX como un hecho *no existente*, es decir como un conjunto de sociedades que, más allá de su retórica socialista y del supuesto combate ideológico al capitalismo, continuaron *en esencia* y a lo largo de todo el siglo XX siendo sociedades *capitalistas*, caracterizadas por la clara existencia de una división de clases y una lucha de clases, y en las que más allá de ciertos cambios jurídicos y políticos formales, sobrevivieron la explotación económica, la opresión política y la desigualdad social crecientes.

Y en consonancia con esto, estos defensores de la tesis de un largo siglo XX, insistirán en que la magnitud desmesurada del horror que han representado las dos guerras mundiales, pero también y sobre todo el fenómeno del holocausto judío, se explicarían sobre todo por la magnitud igualmente enorme que alcanzó, durante este siglo XX, la curva del crecimiento demográfico, y con ella todos los fenómenos sociales posibles, ahora convertidos en fenómenos literalmente masivos, y ello sobre un telón de fondo de una sociedad que, siendo capitalista, es entonces

5. Quizá el autor más representativo de esta posición sea Immanuel Wallerstein. De este último autor, cfr. su artículo “El siglo XX ¿oscuridad al medio día?” antes citado y su libro *Crítica del sistema-mundo capitalista. Entrevista a Immanuel Wallerstein*, igualmente mencionado. Véanse también sus artículos “La imagen global y las posibilidades alternativas de la evolución del sistema-mundo, 1945-2025”, en la *Revista Mexicana de Sociología*, N° 2, México, 1999 y “Paz, estabilidad y legitimación, 1990-2025/2050” incluido en el libro *Después del Liberalismo*, Siglo XXI Editores, México, 1996.

estructuralmente racista, violenta, represiva e indiferente respecto de la suerte de sus poblaciones pobres u oprimidas.

Más allá de estas dos claras posturas, y tal vez sin pretender proponer por su parte una nueva temporalidad específica para el conjunto del siglo XX histórico, hay autores que han tratado de insistir en ciertos fenómenos del siglo XX, como sus fenómenos decisivos o centrales, los que quizá marcarían el parteaguas fundamental de su itinerario global, o en otro caso definirían su *sentido* de desarrollo más profundo y esencial. Por ejemplo, al afirmar que dicho parteaguas esencial es el hecho de la “derrota del fascismo”, después de la segunda guerra mundial, derrota que vendría entonces acompañada de una reivindicación radical de los valores de la herencia de la Ilustración, reivindicación que abriría el espacio para el desarrollo del Estado de bienestar social, y para todos los procesos de descolonización de la segunda posguerra mundial⁶.

O también, en la postura que vería a la violencia nazi y fascista como la respuesta radical y exacerbada del “partido del orden” europeo, y del proyecto burgués de la modernidad, frente a la posibilidad del triunfo del proyecto comunista proletario, prefigurado y afianzado a lo largo de toda la segunda mitad del siglo XIX, y que habría tenido una primera y fugaz encarnación extraña en la revolución rusa de 1917 y en los primeros años de la historia de la Unión Soviética. Una postura que nos recuerda el diagnóstico radical de la Escuela de Frankfurt sobre la significación esencial del holocausto y de la barbarie nazi, a la vez que lo recontextualiza dentro de esta más vasta confrontación histórico-global, entre el

6. Este punto de vista es defendido por Jürgen Habermas, en su ensayo “Nuestro breve siglo”, antes referido. En nuestra opinión, a pesar de que Habermas menciona varios de los procesos y de los fenómenos importantes característicos del siglo XX, no logra articularlos dentro de una explicación más comprehensiva, que resaltara dentro de ellos, justamente, a una línea central o a un proceso fundamental y articulador de todos los demás, proceso cuya temporalidad permitiera justificar su postura en torno a un breve siglo XX.

proyecto de la modernidad burguesa y un posible modelo de una modernidad comunista alternativa a la primera⁷.

¿Deberíamos entonces hablar de un “breve siglo XX” o de un “largo siglo XX”? ¿Y deberíamos considerar como el trazo dominante de este siglo veinte histórico, al proyecto histórico del socialismo en el mundo, o a la curva de la hegemonía norteamericana? Y en cualquier caso, ¿cómo reexplicamos desde ese trazo dominante a la primera guerra mundial, al nazismo y al fascismo, a la segunda guerra mundial, a los movimientos y a la revolución de 1968, o a la caída del Muro de Berlín, entre otros fenómenos esenciales de este siglo XX histórico?

En nuestra opinión, y tratando de superar esa antinomia entre las dos posiciones ya reseñadas, a la vez que recuperamos sus aportes principales, podríamos quizá postular la existencia de un *muy largo siglo XX histórico*, similar al también muy largo siglo XVI, que habiendo comenzado su existencia aproximadamente a partir de las revoluciones europeas de 1848, extendería su período de vigencia a lo largo de los últimos ciento cincuenta años y más allá, para cerrarse quizá en alguna fecha comprendida entre los años 2030 y 2050. Muy largo siglo XX, de alrededor de doscientos años cronológicos, cuyo proceso esencial o trazo dominante sería más bien el de abarcar a la entera *rama descendente del proyecto de la modernidad burguesa*, proyecto comenzado hacia 1492 con el descubrimiento de América, y también con ese “nudo histórico privi-

7. Para el desarrollo más amplio de esta postura cfr. Bolívar Echeverría, “El sentido del siglo XX”, antes citado. En nuestra opinión esta postura, que hace remontar la raíz de la explicación del fascismo y de la barbarie nazi plasmada en el holocausto judío, a esa confrontación de larga duración entre el proyecto comunista y el proyecto burgués, parecería apuntar también hacia una posible coincidencia con la hipótesis que aquí trataremos de desarrollar acerca de la existencia de un “muy largo siglo XX”. Sobre la postura de la Escuela de Frankfurt referida, cfr. Theodor Adorno y Max Horkheimer, *La dialéctica del iluminismo*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1969, y también de Theodor Adorno, *Mínima Moralía*, Ed. Taurus, Madrid, 1987.

legiado” que es el siglo XVI —el siglo que, a decir de Marx, marca el inicio de “la era del capital”—, y que habría desplegado su rama *ascendente* durante aproximadamente trescientos cincuenta años, y justo hasta la irrupción de esas revoluciones europeas de 1848.

Lo que, analizado desde una perspectiva de larga duración, se hace evidente en los planos geográfico, tecnológico, económico, social, político y cultural en general. Porque es claro que el conjunto de tareas histórico-progresivas que le corresponden a este período histórico de la modernidad capitalista burguesa se ha cumplido ya, llegando a su punto cualitativo de culminación histórica, cuando en el nivel geográfico territorial, la presencia de la civilización europea capitalista se volvió estrictamente *mundial*, en el momento en que las potencias europeas lograron incluir dentro de las mallas del mercado mundial capitalista a todo el planeta, lo que justamente se logra con las guerras del opio en contra de China y con el reparto completo de África cumplidos hacia esas décadas intermedias del siglo XIX cronológico⁸.

Y junto a esa culminación de la “tarea geográfica” se dan también la revolución industrial y la creación de las formas más adecuadas del modo de producción capitalista, es decir las claras expresiones del coronamiento tecnológico y económico de la función histórico-progresiva de la civilización capitalista. Al mismo tiempo, y con la formación completa de la estructura global de las clases sociales hoy existentes, y con la Revolución Francesa, van a crearse tanto las jerarquías y las figuras sociales principales características del mundo burgués moderno, como

8. Sobre las diversas vicisitudes históricas de este proceso de expansión geográfico-económico, de magnitudes planetarias, de la civilización europea, puede verse por ejemplo el libro de Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII*, Alianza Editorial, Madrid, 1984, y también *Las civilizaciones actuales*, antes citado. Véase igualmente la obra de Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, tomos I, II y III, Siglo XXI Editores, México, 1979, 1984, y 1998, respectivamente.

también las formas del Estado y de la política más acabadas y más desarrolladas posibles que corresponden a este mismo proyecto de la modernidad burguesa aún vigente. Finalmente, y con el vasto movimiento de la Ilustración burguesa, van a culminar también todas las transformaciones progresivas que dicha modernidad capitalista ha podido aportar a la historia cultural del género humano⁹.

Por eso, si 1848 es la fecha en que simbólicamente culmina ese movimiento *ascendente* y *progresista* de la modernidad burguesa, es también el momento de inicio de esa *rama descendente* de la curva de vida global de ese mismo proyecto de la modernidad capitalista. Lo que explica el hecho de que, después de esa primera mitad del siglo XIX cronológico, la modernidad burguesa *no* haya ya creado ninguna nueva forma *cualitativa* que no existiera antes de 1848, dedicándose tan sólo a incrementar y potenciar *cuantitativamente* los mismos aportes y las mismas realidades antes conquistadas, al mismo tiempo que expandía e intensificaba su presencia planetaria en todo el globo terráqueo, al acelerar el desarrollo del capitalismo en todos los rincones y espacios del mundo no europeo.

Y si 1848 es ese punto de viraje de la curva de larga duración del itinerario global de la modernidad, que cancela la posibilidad de la aparición de nuevos aportes o contribuciones histórico-progresivas, es también el inicio de una larga y compleja curva de desarrollo histórico que estará marcada, simultáneamente, por la lenta pero progresiva e indetenible *demonstración de la caducidad histórico universal* del proyecto de esa modernidad, a la vez que por la aparición recu-

9. Esta idea de que el siglo XIX es el siglo que *culmina* los aportes histórico-progresivos de la modernidad es expresada claramente por Carlos Marx en su célebre texto del *Manifiesto del Partido Comunista*, Ed. Progreso, Moscú, 1970, pero también, y de una manera mucho más compleja y desarrollada, en sus importantes *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. Grundrisse 1857-1858*, Siglo XXI Editores, México, 1971, 1972 y 1976, respectivamente.

rente de cada vez más, y cada vez más sólidos, intentos y esfuerzos históricos prácticos para trascender y superar a esta civilización capitalista moderna, sustituyéndola por un nuevo sistema histórico distinto.

Y éste sería, en nuestra opinión, el trazo dominante de ese muy largo siglo XX que postulamos: el de la existencia de una lenta desestructuración y vaciamiento de contenido de *todas* las diversas formas y expresiones sociales del capitalismo, con la también lenta construcción de las diversas premisas y prerequisites necesarios para la edificación de un nuevo sistema histórico no capitalista.

Coexistencia larga y a la vez permanentemente conflictiva, que explica el hecho, para nada casual, de que el marxismo haya nacido precisamente hacia esa fecha de 1848, y que con él se haya dado también la génesis de todo el horizonte del pensamiento crítico contemporáneo¹⁰, pero también la realidad de la existencia de cada vez más sólidos movimientos sociales antisistémicos y anticapitalistas, cuya acción, luchas y vicisitudes recorren también toda la historia hasta hoy transcurrida de ese muy largo siglo XX.

Entonces, y frente a los defensores del breve siglo XX y de la idea del proyecto socialista como su trazo dominante, esta perspectiva de un muy largo siglo XX aceptaría que *sí* se trató de toda una serie de *genuinos intentos* de superar al capitalismo, intentos nacidos de potentes revoluciones anticapitalistas *inicialmente* triunfantes que, sin embargo, luego de cortos periodos de algunos lustros o décadas —quizá hasta aproximadamente 1927 para el caso ruso, o hasta 1976 para el caso de China, por ejemplo— terminaron *involucionando*, para concluir

construyendo bizarras versiones del capitalismo en sus respectivos países. Pero ello, no sin antes representar reales *victorias* de los movimientos sociales anticapitalistas, cuyo legado será fundamental —como en el caso de los profundos debates en torno a la construcción de una economía *no* capitalista escenificados en la Rusia de los años veinte, o como la revolución cultural china— en los futuros intentos y esfuerzos de superación del capitalismo todavía reinante.

Involución de esas revoluciones anticapitalistas triunfantes que, en gran medida, se debe al hecho de que las mismas tuvieron siempre lugar en países *muy poco desarrollados* en términos capitalistas, y por lo tanto en sociedades poco maduras en términos económicos, sociales, políticos y culturales. Lo que, de una manera dramática, nos recuerda la tesis ya planteada por Marx de la necesidad de un cierto grado *mínimo* de desarrollo general capitalista, como precondition de todo intento exitoso de su propia superación histórica¹¹.

Pero por otra parte, y frente a los defensores de un largo siglo XX, y de la centralidad de la hegemonía norteamericana, habría que subrayar que se ha tratado de una hegemonía mundial propia de la *etapa de la decadencia* de la modernidad capitalista, y por ende de una hegemonía no progresista sino destructiva, que sin aportar casi ningún nuevo desarrollo cualitativo importante ni en los planos político, social o cultural, se ha limitado sólo a potenciar el crecimiento económico y la riqueza material desde el esquema vacío y limitadamente técnico del *american way of life*.

Y si este muy largo siglo XX es el siglo de una hegemonía mundial decadente, y de la decadencia general de la modernidad, eso es lo que

10. Sobre este nacimiento del marxismo y sobre el desarrollo del horizonte del pensamiento crítico contemporáneo cfr. Bolívar Echeverría, *El discurso crítico de Marx*, Ed. Era, México, 1986, y también Carlos Antonio Aguirre Rojas *Antimanual del mal historiador*, Ed. La Vasija, México, 2002, y “El problema de la historia en la concepción de Marx y Engels”, en *Revista Mexicana de Sociología*, N° 4, 1983.

11. Sobre este punto pueden verse los trabajos de Carlos Marx, *La ideología alemana*, cap. I, Ediciones de Cultura Popular, México, 1974, y también la *Crítica del Programa de Gotha*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1979.

explica que en vez de nuevas “Américas por descubrir” sólo haya habido nuevos repartos mequinos del mundo, y que los progresos tecnológicos y económicos actuales estén más que nunca orientados a los fines de su uso bélico en las guerras cada vez más destructivas que ahora presenciemos, lo mismo que de una explotación económica creciente y también del desarrollo cada vez más sofisticado de procesos complejos de manipulación de la conciencia y de la opinión pública, a la vez que la polarización social entre las clases, grupos y naciones alcanza extremos escandalosos, y que las grandes y nuevas “invenciones” políticas del siglo XX son el fascismo, el nazismo, el franquismo y las dictaduras militares, junto a una cultura cada vez más vacía y cada vez más consumista y cosificada en general.

De este modo, tanto el proyecto real pero fallido de construir el socialismo en varios países del mundo, como la curva de vida de la decadente hegemonía norteamericana se integrarán dentro de un proceso más *global y dominante* que sería el de esa rama descendente de la modernidad burguesa capitalista, caracterizada al mismo tiempo por toda la serie de manifestaciones de la lenta desestructuración y descomposición progresiva del capitalismo, como también por todo el conjunto de experiencias, de ensayos —triunfantes y fallidos— y de manifestaciones tanto del pensamiento crítico como de los movimientos sociales anticapitalistas.

Una clave que permite, no sólo entender las dos guerras mundiales, el fascismo y el nazismo, las dictaduras militares, y los recientes fenómenos del 11 de septiembre de 2001¹², y de las injustas invasiones a Afganistán e Irak por parte

de Estados Unidos, sino también, en el otro extremo, las revoluciones europeas de 1848 y la Comuna de París, el crecimiento impetuoso del movimiento socialista, primero europeo y después mundial, la revolución rusa de 1917 y la revolución china de 1949, pero también las revoluciones culturales de 1968, el desarrollo de las nuevas izquierdas, la rebelión neozapatista de Chiapas¹³, o los Foros Sociales Mundiales de Porto Alegre, entre muchos otros.

Y también, una clave que permite aproximarnos, con nuevas luces críticas, al tema de la posible periodización de ese siglo XX histórico.

Periodizando y caracterizando el siglo XX histórico

“La verdadera exactitud consiste en dejarse guiar, en cada ocasión, por la naturaleza del fenómeno considerado”.

Marc Bloch, *Apología para la historia o el Oficio de historiador*, 1941-1943

Una vez que hemos establecido los límites inicial y terminal de ese posible siglo XX histórico, se plantea entonces el problema de su posible *periodización*, es decir de los posibles cortes significativos que, en un segundo momento del análisis, subdividirían internamente a esa historia del siglo XX que aquí intentamos explicar.

Y aquí, vuelven a dividirse los criterios de aquellos que defienden la tesis de un breve siglo XX, frente a los que postulan la idea de un siglo XX largo dentro de la historia. Porque para los defensores del corto siglo XX, el *primer* y más esencial punto de periodización de todo el itinerario histórico recorrido entre 1914-1917 y

12. Sobre este problema cfr. Carlos Antonio Aguirre Rojas “11 de septiembre de 2001: una puesta en perspectiva histórica” en el diario electrónico *La Insignia* en el sitio en Internet <http://www.lainsignia.org>, del 20 de noviembre de 2001, y también el ensayo “El macartismo planetario. América Latina después del 11 de septiembre” en el diario *La Jornada*, Suplemento *Masiosare*, N° 237, 7 de julio de 2002.

13. Sobre esta rebelión neozapatista de Chiapas, véase el libro de Bolívar Echeverría, Immanuel Wallerstein, Carlos Montemayor y Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Chiapas en perspectiva histórica*, Ed. El Viejo Topo, 2ª edición, Barcelona, 2002.

1989-1991, sería sin duda el del corte de 1945, que finaliza la segunda guerra mundial. Y ello porque, si el proceso esencial del siglo XX es el de la existencia misma de un mundo *socialista*, entonces será 1945 el momento que va a condensar simbólicamente ese nacimiento de todo un “sistema global de sociedades socialistas”, el que con todas las naciones de Europa oriental que se convierten al socialismo después de la segunda guerra mundial, y con la revolución china triunfante en 1949, vendría a respaldar y a fortalecer enormemente al proyecto iniciado en 1917 con la revolución rusa, implicando que un tercio de los territorios del planeta en su conjunto estuviesen entonces, y durante varias décadas, dentro del espacio de este mundo socialista.

Con lo cual, y para esta perspectiva de un corto siglo XX, el único corte significativo de periodización sería este de 1939-1945, el que dividiría en dos a ese breve siglo XX. Y entonces, desde esta óptica, simplemente *no* sería relevante ni significativa la profunda y radical revolución cultural planetaria de 1968, la que más bien es considerada como un conjunto de movimientos y de agitaciones estudiantiles de importancia menor, lo que lleva a ni siquiera ubicarla como un punto de ruptura o de viraje histórico trascendental. Más bien, esa revolución de 1968 es *subsumida* totalmente dentro de la idea de que, entre 1945 y 1990, el mundo vivió toda una serie de profundas revoluciones, demográficas, sociales y culturales de gran envergadura, pero que para nada se hallarían asociadas a esa fecha simbólica esencial de 1968.

En el otro extremo del abanico, la postura que aboga por la existencia de un largo siglo XX, entre 1870 y 2025-2050, reconocería en cambio que el primer y más significativo corte para una periodización interna de ese siglo XX largo, sería justamente el de la doble ruptura representada por 1968 y por 1972-1973. Es decir, la ruptura que al acompasar esa revolución cultural y civilizatoria de larga duración que ha-

sido 1968¹⁴, con la crisis económica mundial del sistema monetario internacional de 1972-1973, abriría, dentro de esa misma historia del largo siglo XX, la etapa de la *bifurcación histórica general* o *crisis terminal* del sistema mundo capitalista mundial¹⁵.

Entonces, considerando a 1945 sólo como el fin de la “guerra de los treinta años”, que define la derrota total de Alemania y el triunfo de Estados Unidos en su disputa por la hegemonía mundial, los defensores de este largo siglo XX van en cambio a subrayar la centralidad y prioridad del corte de 1968-1973, corte que inicia un doble y superpuesto proceso, que es, en primer lugar, el del inicio de la fase de *decadencia de la hegemonía norteamericana* sobre el planeta, hegemonía que habría sido ejercida prácticamente sin contestación entre 1945 y 1973, y que a partir de esta última fecha se irá erosionando y debilitando cada vez más, hasta desembocar en las desesperadas y fraudulentas respuestas belicistas de Estados Unidos al 11 de septiembre con las inmorales invasiones a Afganistán y a Irak.

Y en segundo lugar, el inicio también de la crisis terminal del capitalismo como sistema histórico, crisis que desde hace treinta años desestructura lo mismo a la entidad “nación” o a la figura misma del Estado, que comienza a colapsar

14. Sobre esta revolución cultural de larga duración de 1968 cfr. Fernand Braudel “Renacimiento, Reforma, 1968: revoluciones culturales de larga duración” en el diario *La Jornada*, Suplemento *La Jornada Semanal*, N° 226, 10 de octubre de 1993, Immanuel Wallerstein, “1968: revolución en el sistema-mundo. Tesis e Interrogantes” en: *Estudios Sociológicos*, N° 20, 1989, Carlos Antonio Aguirre Rojas “1968: la gran ruptura” en el diario *La Jornada*, Suplemento *La Jornada Semanal*, N° 225, 3 de octubre de 1993, y “Repensando los movimientos de 1968” en el libro *1968. Raíces y Razones*, Ed. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Cd. Juárez, 1999.

15. Sobre esta tesis de la bifurcación histórica o crisis terminal del capitalismo, cfr. Immanuel Wallerstein, *Después del liberalismo*, Siglo XXI Editores, 1996, y *Utopística o las opciones históricas del siglo XXI*, Siglo XXI Editores, 1998; también T. H. Hopkins e Immanuel Wallerstein (coordinadores) *The Age of Transition. Trajectory of the world-system 1945-2025*, Ed. Zed Press, Nueva York, 1996.

a la economía, a la sociedad, a la política y a la cultura modernas. Un colapso que se produce cuando estas realidades y niveles de la modernidad capitalista actual se ven acosadas lo mismo por una insoluble crisis ecológica, que con una catastrófica baja de la rentabilidad capitalista de las inversiones, pero también por una democratización social generalizada que rebasa cada vez más los marcos capitalistas, o por un descrédito generalizado de las poblaciones respecto a la actividad misma de la política y de lo político en general, junto a una crisis global de todo el sistema de los saberes y de los conocimientos humanos, construido desde hace cinco siglos por esta misma modernidad burguesa capitalista.

Así, separándose en su evaluación de estos cortes de 1945 y de 1968, las dos perspectivas sobre un largo o un breve siglo XX van a tener también visiones distintas respecto de las dos fechas que limitarían al siglo XX corto, y que son las de 1914-1917, por un lado, y la de 1989-1991, por el otro.

Y mientras para los defensores del breve siglo XX, 1914-1917 es la fecha fundamental del inicio del proyecto socialista y por ello el inicio de ese siglo corto, para los autores que hablan de un largo siglo XX se trata en cambio más bien del inicio de la disputa definitiva —disputa que en esta concepción llevará treinta años en resolverse, hasta 1945—, entre Alemania y Estados Unidos, por el puesto de comando de la hegemonía global dentro del sistema capitalista mundial. Lo que implica que la revolución rusa de 1917 sea vista, en esta última concepción, y más allá de su heroísmo y abnegación, como un proyecto que estaba condenado desde su origen al fracaso, al intentar desarrollar una sociedad nueva y socialista, y por ende superior al capitalismo, dentro de *un solo país*, y además de un país pobre, semirrural y que entonces era sin duda parte de la *periferia* global del capitalismo en aquella época.

Lo que, entonces, lleva a estos autores a afirmar que más que ser una revolución socialista, la revolución rusa de 1917 —como también sucederá con las revoluciones posteriores de China, de Europa Oriental, de Vietnam o de Cuba— será en el fondo y solamente una revolución nacionalista triunfante, impregnada tal vez de un profundo y hasta radical sentido social, pero cuyo resultado global será, no la construcción real de una sociedad socialista, sino más bien un proceso que le permitirá a Rusia pasar desde el estrato de la periferia capitalista del sistema, hasta el estrato de su semiperiferia.

Igualmente es divergente la evaluación del quiebre histórico de 1989-1991, el que si de un lado es visto, por los defensores del siglo XX breve, como el derrumbe fundamental de ese vital proyecto del socialismo, que a lo largo del siglo se convirtió en el “socialismo realmente existente”, marcando sin embargo con su sombra a todo ese siglo XX histórico, en el otro lado es más bien concebido, por los defensores del largo siglo XX histórico, como la fecha simbólica del colapso definitivo de la ideología del *liberalismo* en tanto geocultura dominante del sistema capitalista mundial. Porque si en esta visión, el socialismo nunca llegó a ser tal, entonces lo que representa el simbólico acontecimiento de la caída del Muro de Berlín es más bien la crisis final del dominio que el liberalismo, en tanto ideología política y en tanto geocultura dominante, ejerció durante prácticamente dos siglos tanto sobre la ideología “conservadora” como sobre la ideología “socialista”.

Acorde entonces con su idea del fracaso y de la no existencia histórica del socialismo, esta postura va a plantear que a lo largo de todo el último tercio del siglo XIX cronológico, y sobre todo de casi todo el siglo XX cronológico, el liberalismo va a *dominar* efectivamente la escena geocultural mundial, infiltrándose tanto en la concepción socialista como en el pensamiento conservador, para terminar subsumiéndolos e

incorporándolos dentro de sí mismo, como simples variantes suyas, en un caso como su versión liberal-conservadora, y en el otro como su ala o vertiente liberal-radical o liberal-socialista de su propia hegemonía y dominio globales. Con lo cual, el verdadero sentido profundo de la ruptura de 1989-1991, no sería el de la crisis final del socialismo realmente existente, sino más bien el del colapso final de esa hegemonía englobante del pensamiento *liberal* sobre las dos ramas del pensamiento que le eran supuestamente alternativas, y que eran la de la ideología conservadora de derecha, y de otra parte la del pensamiento socialista crítico¹⁶.

Colapso del liberalismo como ideología dominante del sistema capitalista mundial, que sería una de las claves centrales para explicar los procesos de los últimos trece años, procesos de un claro resurgimiento de una derecha conservadora, belicosa y militante, que ahora detenta el poder, por ejemplo, en Estados Unidos, España, Austria, México e Italia, y que de manera desvergonzada y abierta promueve sus posiciones ideológicas ultraconservadoras y de ultraderecha. E igualmente, del renacimiento de múltiples nuevas izquierdas, que de una manera cada vez más crítica y más consciente se deslindan también de los elementos de la ideología liberal, para definir más nítidamente su perfil ideológico genuinamente de izquierda.

De este modo, resulta claro que las dos posiciones divergentes en torno a defender, por un lado la existencia de un largo siglo XX, y por el otro la de un siglo XX histórico breve, no sólo

16. Sobre este colapso total del liberalismo, y sobre esta dialéctica histórica entre las tres ideologías que caracterizan a la cultura de los últimos dos siglos, cfr. Immanuel Wallerstein, "El colapso del liberalismo" en el libro *Después del liberalismo*, antes citado. Sobre algunos de los efectos principales de esta crisis del liberalismo posterior a 1989, cfr. Carlos Antonio Aguirre Rojas, "Chiapas, América Latina y el sistema-mundo capitalista" en el libro *Chiapas en perspectiva histórica*, antes mencionado, y también la Introducción "Una perspectiva global del 'Análisis de los sistemas-mundo'", en el libro *Crítica del sistema-mundo capitalista. Entrevista a Immanuel Wallerstein*, ya referido.

difieren en cuanto a la caracterización de cuál ha sido el proceso fundamental que singulariza a este mismo siglo XX histórico, sino también en cuanto a la evaluación y explicación de lo que, en términos generales, han representado esas rupturas o puntos de viraje histórico fundamentales que han sido 1914-1917, 1939-1945, 1968-1973 y 1989-1991. Fechas todas de una indudable relevancia histórica general, que también pueden ser evaluadas bajo otra luz, cuando las abordamos desde la perspectiva que aquí proponemos, de la existencia de un muy largo siglo XX comenzado en 1848 y todavía hoy vigente.

Así, desde este punto de vista, que caracteriza a ese siglo XX muy largo desde la tensión permanente entre una larga decadencia del capitalismo mundial y un también lento pero persistente proceso de aprendizaje y fortalecimiento de los movimientos anticapitalistas, y de construcción de las premisas generales para el paso hacia un nuevo sistema histórico, la fecha simbólica que representaría el parteaguas principal y más relevante de todo este muy largo siglo sería, sin duda alguna, la del corte de 1968-1973. Porque, como lo afirman los defensores de la tesis del largo siglo XX, es claro que, efectivamente, se trató de una verdadera *revolución cultural mundial*, de consecuencias profundas que han afectado y continúan afectando a las estructuras mismas de la civilización capitalista creada por la modernidad, en una línea de transformaciones que sólo culminará con la disolución total de esa civilización capitalista, y con su sustitución por parte de un nuevo proyecto de civilización humana.

Y ello porque cuando analizamos este corte de 1968-1973, desde la óptica de ese muy largo siglo XX, podemos observar que hacia esa fecha no sólo comienzan tanto una crisis cultural de grandes proporciones, como una aguda crisis económica mundial, sino también y más ampliamente una *crisis general de todas las estructuras de la civilización burguesa moderna*, que

afecta lo mismo, por ejemplo a las premisas básicas y a la concepción general de las propias ciencias naturales, que a las estructuras del Estado y de la Nación modernos, pero también a la misma relación fundante del hombre con su entorno natural que a las relaciones y formas diversas de la socialidad contemporánea, junto a los patrones globales del comportamiento demográfico de las sociedades o a las formas de la moralidad y de las costumbres vigentes, entre muchas otras.

Hemos entrado, después de 1968, en una situación de una crisis civilizatoria global, que se manifiesta al mismo tiempo como caos, confusión y disolución de todo tipo de vínculos y de relaciones antes vigentes y sólidas, que como múltiple búsqueda de salidas, alternativas y formas nuevas de organización para esas mismas relaciones en crisis. Y ello, desde el nivel primario de la ecología y de la relación con la naturaleza, hasta las formas más sofisticadas del arte y de la creación humana, y pasando por toda la vasta gama de realidades tecnológicas, económicas, sociales, familiares, religiosas, jurídicas, políticas, culturales, etcétera, del más diverso orden¹⁷.

Entonces, si el período que corre desde 1848 hasta 1968 es el de la *lenta* decadencia del capitalismo como sistema, ya incapaz durante estos ciento veinte años de crear nada *cualitativamente nuevo* en términos histórico-progresivos, y sólo dedicado a expandirse cuantitativamente a lo largo y ancho del planeta, a la vez que comienza a desplegar con más fuerza sus rasgos histórico-regresivos—como la guerra, el nazismo y el fascismo, las nuevas formas de la violencia social y política, o la razón cuantificante y parcelada en distintos ámbitos—, el período posterior a 1968 será claramente el de la crisis terminal de este mismo sistema capitalista, crisis que vacía de

17. Sobre esta crisis global de la civilización capitalista cfr. el libro de Bolívar Echeverría, *Valor de uso y Utopía*, Siglo XXI Editores, México, 1998.

contenido aceleradamente a todas las estructuras y realidades principales de dicho sistema, encaminándolas directamente a su irreversible colapso final.

Al mismo tiempo, si esta crisis global crea una verdadera situación de caos histórico y social generalizado, se trata de un caos muy *creativo*, que desata sin límites los distintos esfuerzos, proyectos, caminos, esbozos e intentos de crear realidades y relaciones *no* capitalistas, o en todo caso, de ir construyendo los elementos que preparen y acerquen cada vez más ese inminente paso histórico hacia otro sistema social no capitalista.

Y a esta luz, de la óptica de un muy largo siglo XX histórico, no sólo se matiza un poco ese significado profundo del corte esencial de 1968-1973, sino también los otros puntos de quiebre históricos antes mencionados. Así, 1914-1917 se presenta, a diferencia tanto de los defensores del largo siglo XX, como de los del siglo XX breve, como uno de los eslabones *cruciales* de una larga cadena, cadena que arranca desde 1848 y que encuentra en Seattle, Praga o Génova a algunos de sus últimos anillos componentes. Pues si 1848 es la primera vez en que el proletariado se manifiesta como fuerza independiente y autónoma, y la Comuna de París de 1870 es la primera ocasión en que un movimiento anticapitalista logra tomar el poder del Estado, el corte de 1914-1917 representa, genuinamente, el primer intento histórico *orgánico* de construir una sociedad no capitalista en la escala de una nación entera.

Es decir que 1917 *sí* es una revolución anticapitalista *inicialmente* triunfante, y por lo tanto una victoria esencial y una experiencia fundamental para la historia de los movimientos sociales anticapitalistas del mundo entero. Pero, por esas extrañas paradojas de la historia, es una revolución anticapitalista que triunfa dentro de un país muy poco desarrollado en términos capitalistas, en lo económico, lo social, lo político y

lo cultural. Porque luego del trágico “encuentro fallido” o más bien desencuentro histórico entre la Europa capitalista desarrollada y el proyecto socialista, que representó la primera guerra mundial, ese esfuerzo socialista se vio obligado a “emigrar” fuera de Europa, alojándose en 1917 en la Rusia predominantemente rural y poco desarrollada de aquellos tiempos.

Lo que significa que, desde este punto de vista, 1917 sí es un primer esbozo genuino de construir una sociedad no capitalista, esbozo que sin embargo, y debido a las adversas condiciones de un muy pobre desarrollo capitalista general anterior, terminará *involucionando* hacia una forma extraña de capitalismo estatal centralizado, que dará forma a las bizarras sociedades del llamado “socialismo real”. Pero, si al cabo de una década, este proyecto socialista se descarrila e involuciona bajo el gobierno de Stalin, eso no elimina el hecho de que, si bien fracasa el intento de construir una sociedad *no* capitalista en la Unión Soviética, sin embargo esa realidad capitalista de lo que se llamó el “socialismo realmente existente” haya representado un *enorme* progreso social, económico, político y cultural para la inmensa mayoría de la población soviética o rusa.

Porque si hoy ni Rusia ni China sufren la miseria y el atraso que sí padece la India, y si hoy Cuba no está en la difícil y extrema situación de Haití, eso se debe, en todos estos casos, al hecho de que en Cuba, China y Rusia sí hubo esos intentos primero victoriosos y luego deformados de construir mundos y sociedades no capitalistas, mientras que India y Haití continuaron todo el tiempo bajo los marcos capitalistas tradicionales.

Entonces, si tanto Rusia, China, Vietnam o Cuba, entre otros, son a fin de cuentas, y desde el punto de vista del objetivo de construir sociedades no capitalistas, intentos finalmente *fallidos*, son al mismo tiempo *enormes éxitos*, tanto en lo que se refiere al progreso económico, so-

cial, político y cultural que alcanzaron todas estas sociedades durante el siglo XX cronológico, como también en cuanto que *experiencias importantes* y pasos adelante en el largo y secular proceso de “acumulación de fuerzas” de los movimientos anticapitalistas en sus procesos de lucha actuales y por venir, en pos de la construcción de esa misma nueva sociedad no capitalista.

Por otra parte, y también desde esta más amplia perspectiva temporal de un muy largo siglo XX, los cortes de 1914-1917 y 1939-1945, tienen una significación profunda que no ha sido hasta hoy señalada suficientemente ni por los autores que hablan de un breve siglo XX, ni por los que conciben un siglo XX largo. Pues si todo el itinerario posterior a 1848 es el de la lenta decadencia del capitalismo mundial, entonces es claro que la primera y la segunda guerra mundiales, pero también el fascismo, el nazismo y el franquismo, constituyen varios de los eslabones centrales de una clara *regresión* de la civilización capitalista, en lo que toca al desarrollo de los mecanismos de autocontrol de los impulsos violentos, y al establecimiento del Estado como detentor del monopolio exclusivo de la violencia legítima, procesos tan brillantemente estudiados por Norbert Elías¹⁸.

Pues más allá de que estos cortes de la primera y la segunda guerra mundiales, sean efectivamente etapas de la construcción de la hegemonía estadounidense, y también los momentos iniciales de reiteradas victorias de los movimientos anticapitalistas y de intentos luego desviados de construir mundos socialistas, es claro que re-

18. Sobre este problema cfr. Norbert Elías, *El proceso de la civilización*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1989, y *La sociedad cortesana*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1982. En su libro de *Los Alemanes*, Ed. Instituto Mora, México, 1999, Elías desarrolla también una brillante explicación del holocausto judío por parte de los nazis, en esta vía de un proceso “descivilizatorio” o de *regresión* de los avances de lo que él llama el proceso de la civilización. Cfr. también nuestro ensayo, Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Norbert Elías, historiador y crítico de la modernidad” en el libro *Aproximaciones a la modernidad*, Ed. UAM Xochimilco, México, 1997.

Ocasos de siglo y de milenio histórico, albores de un mundo nuevo

“Periodos de este tipo, periodos de transición, ofrecen una ocasión especial para la reflexión: (...) los hombres ponen en cuestión gran parte del comportamiento de generaciones anteriores...”.

Norbert Elías, *El proceso de la civilización*, 1939

presentan, igualmente, desbordamientos desmesurados de la violencia social y política capitalista, violencia que en esta rama descendente de la curva de la modernidad va a manifestarse más repetidamente y de modo mucho más agudo, radical y descarnado, que durante la larga etapa de la rama ascendente de esa misma modernidad.

Y es por eso que otra cadena que cruza todo este muy largo siglo XX, es la de esa violencia desenfrenada, irracional, creciente y absurda, de 1914-1918, del holocausto judío, de la segunda guerra mundial, pero también de la guerra en contra de Vietnam, de las masacres de las dictaduras y los gobiernos de América Latina, África y Asia, de las guerras étnicas fratricidas de Ruanda y de Kosovo, lo mismo que de las injustas invasiones recientes de Estados Unidos en contra de Afganistán y de Irak, entre muchas otras de sus terribles manifestaciones.

Finalmente, y siempre a esta misma luz de un muy largo siglo XX, la fecha de 1989 se presenta, además como la conclusión del periplo histórico recorrido por esas extrañas sociedades del “socialismo realmente existente” —que para esta fecha, de “socialistas” no tenían ya más que el nombre—, y también del colapso general del liberalismo como ideología dominante del capitalismo mundial, como el momento simbólico de la apertura de un proceso de *radicalización* y *agudización* crecientes de la más general tendencia decadente del capitalismo mundial; agudización radical que permite explicar lo mismo la tragedia del 11 de septiembre de 2001 y las irracionales invasiones de Estados Unidos a Afganistán e Irak, que el creciente auge de los nuevos movimientos anticapitalistas y antisistémicos, desde el levantamiento neozapatista mexicano de 1994 hasta la geografía mundial de las protestas iniciadas en Seattle, junto a los dos Foros Sociales Mundiales de Porto Alegre en Brasil. Detengámonos con un poco más de detalle en esta etapa más reciente de ese muy largo siglo XX todavía vivo y vigente.

Para los defensores de la tesis de un corto siglo XX, la caída del Muro de Berlín y el fin de los proyectos del socialismo realmente existente, es en ocasiones interpretada en el sentido de que una de sus posibles consecuencias principales sería la del fortalecimiento, quizá sólo coyuntural pero importante, del poderío de Estados Unidos y del unilateralismo claro en cuanto al diseño actual de la geopolítica mundial. Es decir, una situación en la que, a la espera de nuevas revoluciones sociales o de nuevas transformaciones radicales, el capitalismo actual parecería enseñorearse ampliamente por todo el planeta¹⁹.

En cambio, para los defensores de un largo siglo XX, cuyo desarrollo estaría todavía en curso, esa fecha simbólica de 1989 sólo habría representado el colapso total del liberalismo y de su hegemonía ideológica mundial, lo que implica que los trece últimos años transcurridos sean más bien evaluados como la continuación de los dos procesos de decadencia iniciados desde 1968-1973, procesos que acompañan el declive y el fin de la hegemonía mundial norteamericana, con el período terminal de vida del capitalismo como sistema histórico específico. Procesos que, entonces, se verían todavía agudizados y acrecentados con ese desmoronamiento de la ideología liberal, la que hasta antes de 1989, funcionaba como un cierto elemento de cohesión

19. Sobre este punto, cfr. por ejemplo Eric Hobsbawm, *Entrevista sobre el siglo XXI*, antes citada, y también Jürgen Habermas, “Nuestro breve siglo”, igualmente referido.

ideológica de ese mismo sistema capitalista mundial.

Dos evaluaciones muy diferentes de la última década recién vivida, que también llevan, lógicamente, a muy distintas evaluaciones de los agitados sucesos que hemos vivido en los últimos veinte meses, sucesos que, en tanto signos o señales de procesos y de realidades más profundos, pueden permitirnos también avizorar un poco los futuros previsibles que habremos de enfrentar en los próximos años y décadas por venir.

Entonces, cuando analizamos estos últimos trece años vividos, y también los sucesos más recientes, desde esa visión de un muy largo siglo XX que aquí hemos planteado, coincidiríamos mucho más con la tesis que ubica a estos años y a estos sucesos más recientes como manifestaciones de esa creciente e indetenible decadencia de Estados Unidos como potencia hegemónica mundial, y al mismo tiempo también como claras evidencias de esa crisis final del capitalismo en tanto que sistema histórico particular. Pero, a diferencia de los promotores de un siglo XX largo, y puesto que consideramos a las múltiples experiencias de la revolución rusa, china, vietnamita o cubana, como eslabones de la línea de progreso reales y genuinos de los movimientos anticapitalistas de los últimos ciento cincuenta años, pensamos que el corte de 1989-1991 es también el de la crisis definitiva y el colapso general de las viejas izquierdas, reformistas y autoritarias, que vivieron durante décadas apoyándose en el falso mito de que el “socialismo realmente existente” *si* era un proyecto no capitalista, *después* de su etapa de vida inicial, y que divulgaron por todo el mundo, durante casi todo el siglo XX cronológico, una versión simplificada, manualista y vulgar, del marxismo en particular y del pensamiento crítico en general.

Lo que nos permite entonces analizar, de una manera más profunda, los últimos años y los sucesos recientes. Y entonces, comprender que esa

respuesta de Estados Unidos a la tragedia del 11 de septiembre, está dictada *no* por su gran fuerza y por su poderío como potencia única del sistema mundial, sino más bien por su creciente e indetenible *debilidad*, sumada a su también irreversible declive como poder hegemónico mundial. Pues lo que representan, tanto la absurda invasión a Afganistán, como el inmoral ataque en contra de Irak —realizado contra el pueblo afgano y contra el pueblo iraquí, bajo el pretexto de capturar a Osama Bin Laden y a Saddam Hussein—, es en el fondo el *fraudulento uso de la fuerza militar* norteamericana dentro de la guerra económica en contra de Europa.

Porque desde hace treinta años, Estados Unidos ha estado perdiendo sistemáticamente la competencia económica, tanto con Europa occidental como con Japón, en los planos tecnológico, productivo, comercial y financiero, lo que ha hecho que hoy, en el año 2003, Estados Unidos *no* sea ya el líder en ninguno de esos cuatro ámbitos mencionados. Pero, dado que el único liderazgo que aún conserva es el liderazgo como primera potencia *militar* del mundo, entonces Estados Unidos está recurriendo, en Afganistán y sobre todo en Irak, a este poderío militar, el que utiliza como su última carta posible para tratar de revertir su derrota tecnológica, productiva, comercial y financiera en una eventual victoria futura²⁰.

Como un jugador tramposo, que al ir perdiendo mientras se respetan las reglas del juego, saca su pistola al final para tratar de quedarse con toda la apuesta, así Estados Unidos ha estado usando su fuerza militar para tratar de cambiar el rumbo general de esa competencia económica mundial con Europa occidental y con Japón. Pero,

20. Immanuel Wallerstein ha estado desarrollando sistemáticamente esta tesis de la decadencia norteamericana y del uso de su poderío militar como elemento de “compensación” en esta derrota económica frente a Europa y frente a Japón. Al respecto y por citar sólo un ejemplo posible, véase su artículo reciente “¿Conmoción y pavor?” en el diario *La Jornada* del 19 de abril de 2003.

dado que el poder militar depende del poderío económico, y puesto que la economía norteamericana está también en un claro proceso de decadencia, entonces este uso fraudulento de la fuerza militar *no* puede triunfar en el mediano plazo en lo que corresponde a la competencia económica. Lo que quiere decir que, más allá de las apariencias inmediatas, Estados Unidos se derrumbará muy pronto como potencia hegemónica mundial, igual que le sucedió a Holanda a finales del siglo XVII y a Inglaterra en el último tercio del siglo XIX²¹.

También desde esta óptica del muy largo siglo XX, resultan muy importantes hechos como la emergencia o el relanzamiento fuerte de varios nuevos movimientos sociales anticapitalistas, que han cobrado un protagonismo especial después de la caída del Muro de Berlín y del fin histórico de la Unión Soviética. Movimientos como el de los dignos indígenas rebeldes neozapatistas de México, o el de los “Sin Tierra” brasileños, pero también como el movimiento de los piqueteros argentinos, y los de los indígenas ecuatorianos, bolivianos o peruanos, entre otros. Nuevos o renovados movimientos anticapitalistas, que estando presentes un poco a todo lo largo y ancho del planeta, parecen sin embargo haber alcanzado un grado de presencia social y de desarrollo político más alto, dentro de los distintos espacios nacionales de nuestro semicontinente latinoamericano.

Concentración mucho mayor y más intensa de varios de los más importantes movimientos

anticapitalistas del mundo, dentro de las naciones y el espacio global de América Latina, que permite presagiar la tesis de que, en los lustros inmediatos por venir, nuestro semicontinente habrá de jugar un rol central y de primera importancia dentro de la transformación histórica global que terminará con el capitalismo, para sustituirlo con un nuevo sistema histórico, rol central derivado de esa especie de función que ahora parece detentar Latinoamérica, en tanto que *frente de vanguardia* principal del movimiento anticapitalista mundial. Lo que explica el hecho de que, tanto el Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo, como también los dos grandes Foros Sociales Mundiales, hayan tenido lugar en países de América Latina, en México y en Brasil respectivamente²².

Y si estos nuevos o renovados movimientos anticapitalistas son también el último eslabón de la larga cadena comenzada con las revoluciones de 1848, están entonces obligados a asumir las lecciones principales de la herencia de todos los ensayos y experiencias que los han precedido en el siglo y medio anterior. Y ello tanto respecto del tipo de movimiento anticapitalista que hoy hace falta construir, como también respecto del tipo de cambios radicales y de transformaciones globales que ahora sería necesario impulsar. Porque a diferencia de los movimientos impulsados por las viejas izquierdas verticales, reformistas y autoritarias, las nuevas izquierdas se presentan en cambio como movimientos plurales, abiertos, tolerantes y mucho más horizontales y flexibles en sus formas de organización y de decisión. Al mismo tiempo, y a tono con estos nuevos movimientos sociales, más incluyentes, más diversos

21. Para una evaluación más detenida de estos sucesos recientes, cfr. el conjunto de los Boletines redactados por Immanuel Wallerstein, y publicados cada 15 días en el sitio del Fernand Braudel Center en Internet: <http://fbc.binghamton.edu>, Sección “Commentaries”, en especial los Boletines posteriores a los sucesos del 11 de septiembre de 2001. También véase Carlos Antonio Aguirre Rojas, “11 de septiembre de 2001: una puesta en perspectiva histórica”, antes citado, y “Otra mirada sobre el 11 de septiembre. Un balance provisional” en *Le Monde Diplomatique* – Edición Colombia, N° 5, septiembre de 2002, y también “El macartismo planetario. América Latina después del 11 de septiembre”, antes referido.

22. Sobre las razones de este rol de vanguardia, de los movimientos anticapitalistas actuales de América Latina cfr. Carlos Antonio Aguirre Rojas “América Latina hoy: una perspectiva desde la larga duración” en la revista *Theomai* en el sitio en Internet, <http://unq.edu.ar/revista-theomai>, en el N° 6, del segundo semestre de 2002, y también el ensayo *El macartismo planetario. América Latina después del 11 de septiembre*, antes citado.

y más plurales, van a multiplicarse y diversificarse también sus diferentes demandas y frentes de lucha, pasando a incorporar, junto a las esenciales reivindicaciones económicas y políticas de cambio social, también los problemas culturales, las cuestiones de género, los temas de la discriminación social y del racismo, los reclamos de los grupos ecologistas, la lucha por la gestión y el uso de los espacios sociales, la defensa de los derechos de las minorías de todo tipo, o el derecho a la diferencia en sus múltiples expresiones, entre muchos otros de los nuevos temas de la agenda de lucha de estos nuevos movimientos sociales anticapitalistas.

Simultáneamente, han cambiado también los modos de concebir los procesos de cambio social global que promueven e impulsan estos nuevos movimientos anticapitalistas, los que en vez de fomentar el cambio puramente político de sustituir a un pequeño grupo en el poder por otro, delegándole a este último todas las decisiones importantes, han comenzado a pelear en cambio por un involucramiento *permanente* de las masas en la toma de decisiones políticas, involucramiento que desarrolla distintas formas de la autogestión popular, en una lógica en la que las propias masas populares se vuelven no sólo el apoyo colectivo del movimiento, sino los propios constructores activos y permanentes de las nuevas formas y figuras del también nuevo sistema histórico con el que ellas intentarán sustituir al agonizante sistema capitalista actual.

Y si el capitalismo mundial de los últimos trece años, tiene como dos de sus líneas de evolución centrales a estas que hemos mencionado, la de la gestación de una familia de múltiples nuevas izquierdas modernas, inclusivas y mucho más radicales que las antiguas, y de otra parte la de la acelerada doble decadencia de la hegemonía de Estados Unidos y la del conjunto de las principales estructuras de esta misma sociedad burguesa capitalista, es pertinente entonces preguntarse acerca de cuál podría ser la naturaleza y el carácter del nuevo sistema histórico que, en las próximas décadas, terminará por sustituir a este capitalismo mundial. Y es claro que la respuesta a esta pregunta se encuentra más allá del final del muy largo siglo XX histórico, y del segundo milenio histórico que también concluye con ese siglo XX muy largo.

Pero esa respuesta sólo será el fruto de nuestra acción colectiva, de nuestra inteligencia social, y de nuestra voluntad y capacidad de construir, allende este capitalismo injusto, explotador, despótico y discriminador, una nueva sociedad más libre, más justa, más autogestiva y más racional en todos los sentidos. Confiemos en que con el nuevo siglo XXI histórico, y con el nuevo tercer milenio histórico, llegará también ese mundo nuevo y superior con el que soñaron y por el que pelearon tantas generaciones de hombres lúcidos, honestos, abnegados e inteligentes, que vivieron a lo largo de este muy largo siglo XX de la historia humana, que en unos pocos lustros habrá sin duda llegado ya a su fin.